

2012

Breve entrevista a Rodrigo Rey Rosa

Vittoria Martinetto

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Martinetto, Vittoria (April 2012) "Breve entrevista a Rodrigo Rey Rosa," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 75, Article 38.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss75/38>

This Entrevista is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

BREVE ENTREVISTA A RODRIGO REY ROSA

Vittoria Martinetto
Università di Torino

Rodrigo Rey Rosa (Guatemala, 1958) lleva treinta años de carrera literaria, distinguiéndose por una labor al margen de todo manifiesto generacional, sobria y constante. Una *voce fuori dal coro*, que ha encontrado a muchos admiradores también entre sus colegas. Su última novela, *Los Sordos* (Alfaguara, Madrid, 2012), se asimila de forma coherente a las temáticas y a la poética mantenidas a lo largo de su producción, salvo que por primera vez el escritor no privilegia la forma breve y nos ofrece una novela de 230 páginas. Se trata de la historia de un muchacho de campo que busca fortuna en la ciudad improvisándose guardaespaldas y que se encuentra investigando la desaparición de su jefa, aparentemente secuestrada. El protagonista ha aceptado el encargo para mejorar su condición, pero no llega nunca a sentirse parte de esa que, en Guatemala, se ha vuelto una verdadera clase, gente que se mueve entre el crimen y el dinero. A lo largo de su iniciación a un mundo tan ajeno, el joven mantendrá una integridad que le acarreará buenas y malas aventuras.

Como se ha destacado (<http://cultura.elpais.com/cultura/2012/09/12>), *Los sordos* tiene algo de geografía narrativa de Guatemala: parte del oriente campesino mestizo y pasa por la capital, contando una historia común a éste como a otros países latinoamericanos: la emigración del campo a la ciudad alimentada por la ilusión de que allí es donde está el dinero, mientras casi siempre los campesinos abandonan una vida más o menos vivible por un infierno de pobreza. De la capital la escena se traslada, en la segunda parte de la novela, a la zona indígena del occidente, donde conviven mayas de 22 etnias distintas. Aquí, donde el protagonista localiza a su jefa—involucrada en la fundación de un ambiguo hospital “de la vanguardia”—, se asistirá a un choque entre culturas: la medicina científica versus la tradicional, y el derecho “occidental” versus el

derecho maya todavía vigente en el seno de estas comunidades, a pesar de que la vieja autoridad maya ha sido suplantada por las tropas paramilitares durante las largas décadas de la violenta guerra interna que vivió Guatemala (1960-96). Es indudable que, a lo largo de su obra hasta la actualidad, Rey Rosa ha ido juntando las variegadas piezas de un mosaico que describe Guatemala en sus múltiples facetas. El estilo con el que Rodrigo Rey Rosa nos cuenta *Los sordos*, es, una vez más, un estilo sin adornos—preciso y elegante, metódico y sabio—que le permite utilizar un látigo invisible, según la descripción de Roberto Bolaño, quien siempre señalaba a su colega como uno de los grandes narradores de su generación.

Hemos tenido la oportunidad de hacerle algunas preguntas al autor a partir de esta última novela y sobre su oficio en general:

Eres hijo de una familia de origen italiana, has vivido mucho en el extranjero durante los años de tu formación, y sin embargo, con la excepción de *La orilla africana*, *El tren a Travancore* y algunos cuentos ambientados en Nueva York, Guatemala parece ser el eje de tu imaginario y por lo tanto de tus ficciones. La crítica al sistema social guatemalteco, sobre todo por lo que concierne las relaciones entre la minoría acaudalada—que es al mismo tiempo la clase dirigente del país—y las etnias indígenas, con su corolario de violencia y abusos, aparece entre tus temas recurrentes desde *Lo que soñó Sebastián*, hasta *El Material humano* y tu última novela *Los sordos*. (Incluso en la penúltima *Severina*, un *divertissement* de carácter romántico, hay breves y puntuales alusiones a ese trasfondo.) ¿Te definirías como un escritor “político” y de “denuncia”?

No, no. (Aunque sí creo que todos somos—o terminamos siendo—seres políticos.) En el caso de países como Guatemala es posible que cualquier cuadro de la realidad parezca, visto desde fuera, un acto de denuncia. La realidad es escandalosa, aquí.

Eres considerado un “maestro consumado” de la forma breve, como se lee—entre otros elogios—en las páginas que Bolaño te dedica (*Entre paréntesis*, Anagrama 2004). Con *Los sordos* pareces haberte enfrentado con una medida inusual, que supera las 200 páginas: ¿necesidad impuesta por la historia narrada o un deseo de renovar tu oficio?

Más bien un deseo de experimentar con el tamaño, que en narrativa se convierte en tiempo, ¿no? Claro que lo primero que hacía falta era el pretexto de una historia que necesitara o pareciera necesitar cierta extensión para ser expuesta.

¿Cuáles son los autores que representan tu mundo literario de referencia,

los númenes en los que confías cuando emprendes la escritura de un nuevo libro?

Algunos son permanentes, otros van cambiando. Al tratarse de una historia extensa, claro, no sería muy buena idea invocar a Borges, aunque siempre termino haciéndolo, me temo, pero por razones más lingüísticas que narrativas en el caso de *Los sordos*. Mientras la estaba redactando, pensé bastante en Norman Lewis, el novelista y escritor de viajes británico; en Graham Greene; en Bowles. Y claro, en Rulfo, por el ambiente rural. Los escritores centroamericanos tenemos que pensar en Rulfo sobre todo al hablar del campo, del paisaje del campo mesoamericano. Como dijo alguna vez Octavio Paz, Rulfo es “el único novelista mexicano que nos ha dado una imagen—no una descripción—de nuestro paisaje....”

En *Los sordos*, aparece otra vez, como en *Cárcel de árboles*, una curiosidad con respecto a los experimentos con el “material humano,” que a su vez despierta en el lector reminiscencias del Bioy Casares de *Dormir al sol* y del Dino Buzzati de *Un caso clínico*... ¿Cómo nace esta “obsesión”?

No tengo idea de cómo nace ninguna obsesión; de pronto eres víctima de una, más bien. Yo quise estudiar medicina, comencé, abandoné. Y en parte—o al menos así me lo decía, tal vez para justificarme, para justificar el abandono fue—la práctica de sacrificar y diseccionar animales, en las clases de biología, por ejemplo, lo que despertó mi rechazo a la medicina. ¿Tal vez así se manifestaba ya, o estaba gestándose esa “obsesión”?

En el libro en forma de diario de apuntes que es *El material humano* y en las cartas de *El tren a Travancore* has experimentado con la autoficción; en un delicioso librito bilingüe castellano/árabe—*Bowles y yo*—has contado explícitamente tu encuentro con el escritor americano. ¿Qué peso tienen tus vivencias autobiográficas a la hora de escribir ficciones?

No creo que tengan más peso que el necesario para anclar un relato en la realidad. Según el relato, a veces hace falta más o menos peso para esto.

En tus novelas, y *Los sordos* no es excepción, hay siempre alguna sombra que atraviesa el espacio de la normalidad promoviendo un aura de misterio que casi nunca se resuelve del todo. Por otra parte, tus finales se podrían por lo general definir como abiertos. ¿Qué relación tienes con tu hipotético lector?

Supongo que es la relación “moderna” (cómo dice *The Waste Land*: “You! hypocrite lecteur!—mon semblable,—mon frère!”) y también posmoderna—la

borgeana—entre escritores y lectores. Pero, en un plano más personal, suelo pensar en un lector en particular a la hora de ponerme a escribir, y generalmente es alguien más listo que yo, más inteligente y más generoso.

Hablemos de tu relación con el séptimo arte, como espectador y creador. De hecho, como ya pasó con *Lo que soñó Sebastián*, también la intriga enigmática y llena de *suspense* de *Los sordos* podría sugerir una adaptación cinematográfica. ¿Repetirías la experiencia?

No, no, no. Con *Lo que soñó Sebastián* lo que pasó es que el entorno donde debía ser filmada estaba desapareciendo rápidamente; de ahí la urgencia de filmarlo de cualquier manera. En *Los sordos*, el paisaje ya está tan degradado que no hay tal prisa, ¿no?

En 2004 has recibido el Premio Nacional de Literatura Miguel Ángel Asturias: ¿qué relación mantienes con la literatura guatemalteca? ¿Hay unos autores con los que sientes afinidad? ¿Te sientes un autor guatemalteco, latinoamericano, o un escritor *tout court*? En definitiva: ¿ha sido alguna vez una obsesión para tu oficio (como lo fue para muchos escritores latinoamericanos) la famosa cuestión de la identidad?

Decir *tout court* podría sonar jactancioso; latinoamericano o guatemalteco, redundante. Me siento sobre todo un poco incómodo, en general—como escritor y como guatemalteco. La “cuestión de identidad” sería la última obsesión imaginable, para mí. Creo que un escritor está mejor sin tener ninguna identidad en particular. Así, puede aspirar, o *jugar*, a tener todas, o ninguna identidad (que es lo que suele hacerse al escribir ficción). En fin, soy escritor y también guatemalteco, pero ¿en ese orden? ¡No lo sé! Supongo que primero fui, simplemente; luego, fui guatemalteco y por último (pero sólo a veces) soy escritor.